

TEMPLO HERMANA TERESA



“Valores!!!”

31/08/2024



“Valores!!!”

Queridos hermanos y hermanas.

Hoy reunidos en esta Ceremonia queremos reflexionar con ustedes sobre un tema fundamental que nos afecta a todos: la diferencia entre lo que decimos y lo que hacemos, y cómo nuestros valores se manifiestan no en nuestras palabras, sino en nuestras acciones.

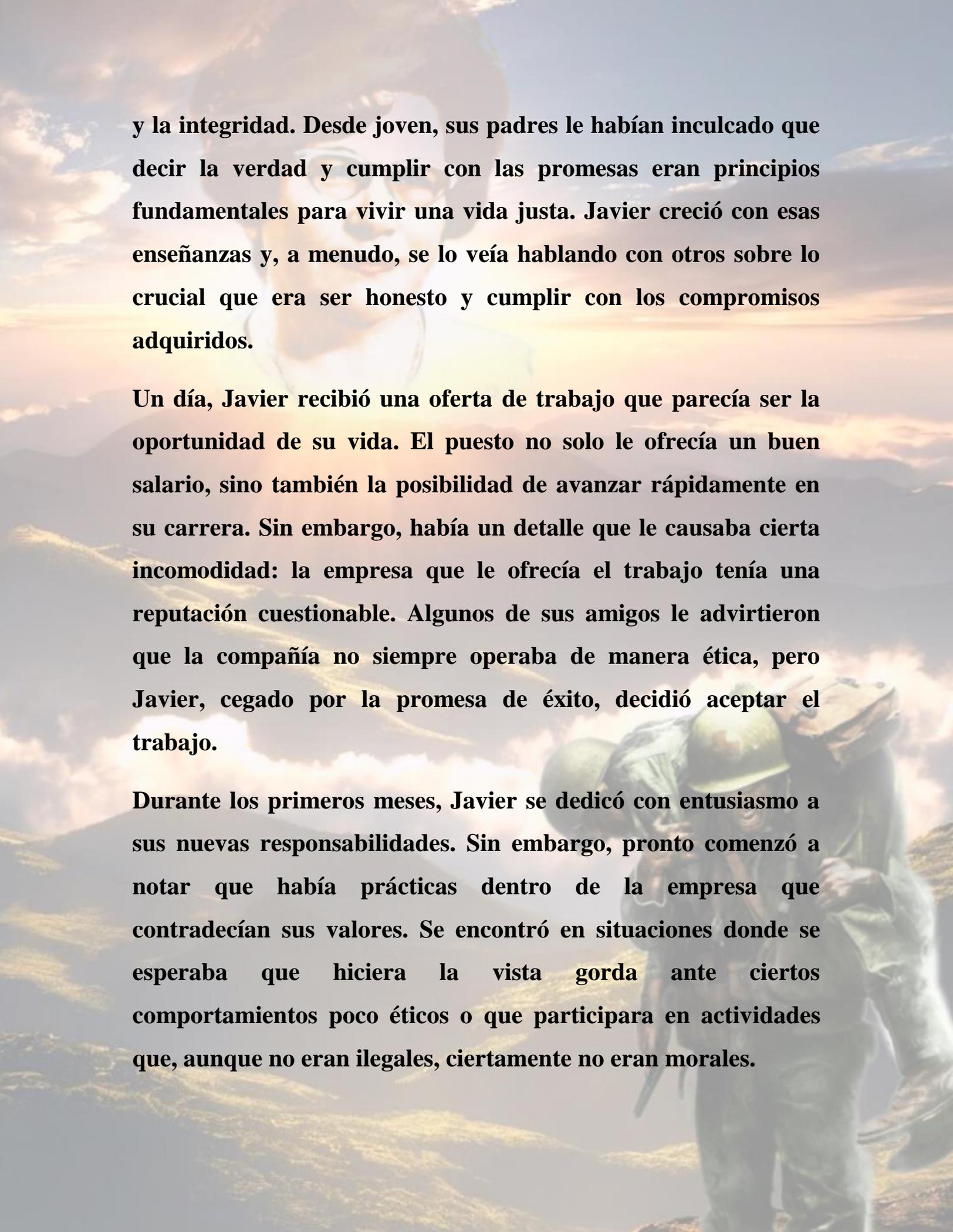
Carlos hace unos días nos ha compartido esta frase:

“Los valores no lo definen tus palabras, sino tus hechos.”

Vivimos en un mundo donde las palabras pueden ser poderosas, pero también pueden ser vacías si no están respaldadas por hechos. Quisiéramos invitarlos a pensar en cómo nuestras acciones hablan más fuerte que cualquier declaración verbal que podamos hacer.

Para ilustrar este concepto, vamos a compartir con ustedes una historia que nos ayudará a entender mejor la importancia de vivir de acuerdo con nuestros valores, más allá de las palabras. Se trata de la historia de Javier y su promesa.

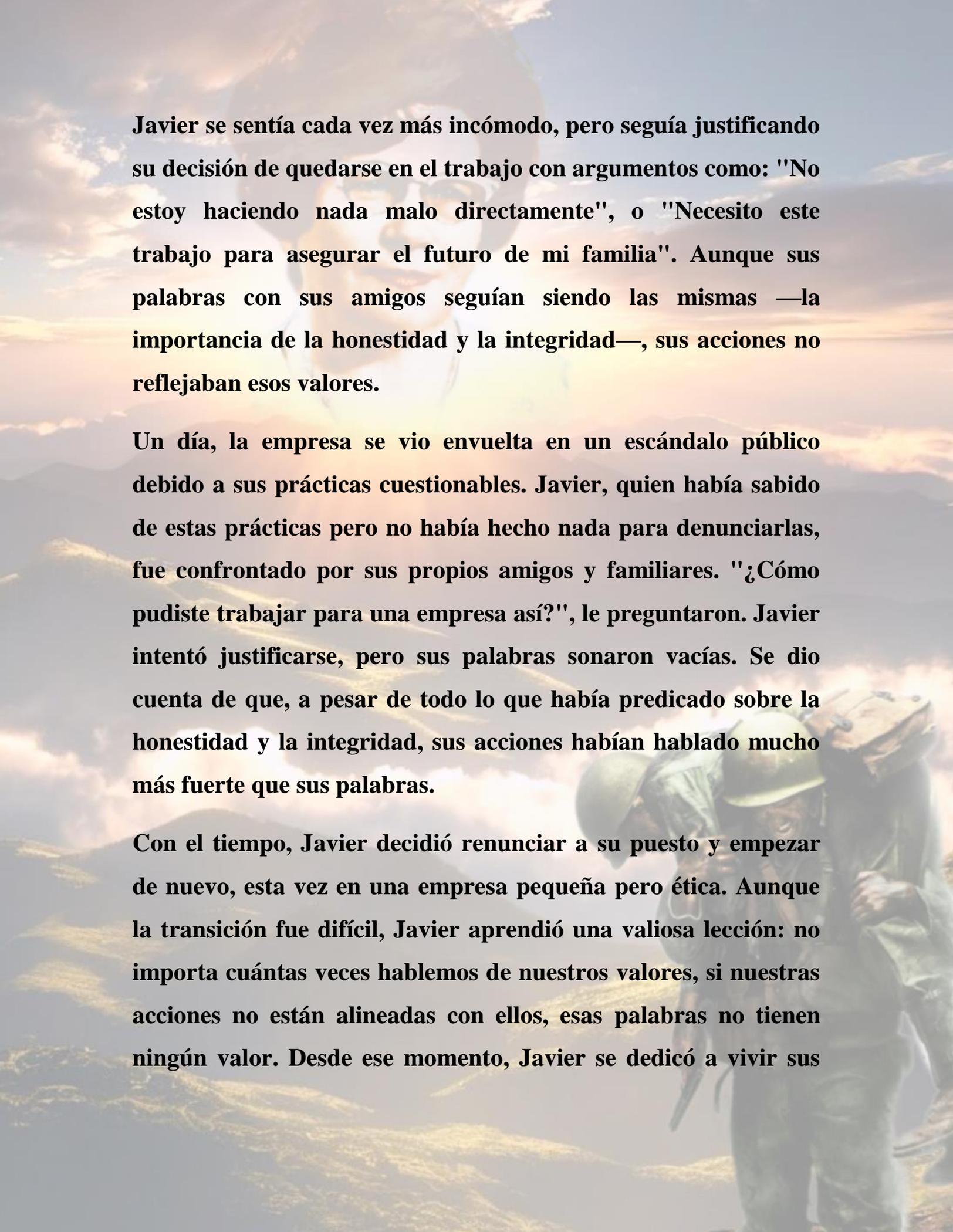
Javier era un hombre conocido en su comunidad por ser una persona que siempre hablaba de la importancia de la honestidad



y la integridad. Desde joven, sus padres le habían inculcado que decir la verdad y cumplir con las promesas eran principios fundamentales para vivir una vida justa. Javier creció con esas enseñanzas y, a menudo, se lo veía hablando con otros sobre lo crucial que era ser honesto y cumplir con los compromisos adquiridos.

Un día, Javier recibió una oferta de trabajo que parecía ser la oportunidad de su vida. El puesto no solo le ofrecía un buen salario, sino también la posibilidad de avanzar rápidamente en su carrera. Sin embargo, había un detalle que le causaba cierta incomodidad: la empresa que le ofrecía el trabajo tenía una reputación cuestionable. Algunos de sus amigos le advirtieron que la compañía no siempre operaba de manera ética, pero Javier, cegado por la promesa de éxito, decidió aceptar el trabajo.

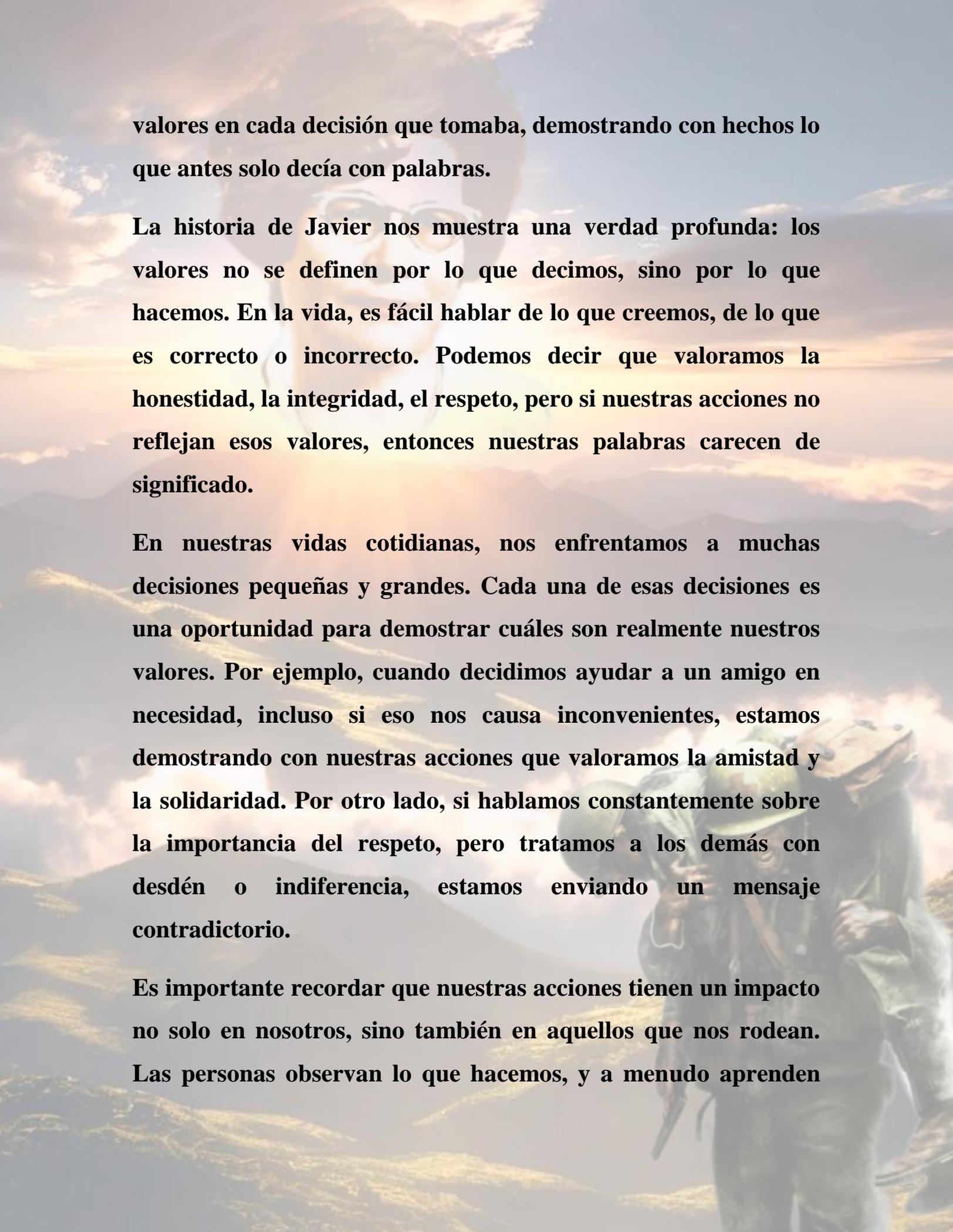
Durante los primeros meses, Javier se dedicó con entusiasmo a sus nuevas responsabilidades. Sin embargo, pronto comenzó a notar que había prácticas dentro de la empresa que contradecían sus valores. Se encontró en situaciones donde se esperaba que hiciera la vista gorda ante ciertos comportamientos poco éticos o que participara en actividades que, aunque no eran ilegales, ciertamente no eran morales.



Javier se sentía cada vez más incómodo, pero seguía justificando su decisión de quedarse en el trabajo con argumentos como: "No estoy haciendo nada malo directamente", o "Necesito este trabajo para asegurar el futuro de mi familia". Aunque sus palabras con sus amigos seguían siendo las mismas —la importancia de la honestidad y la integridad—, sus acciones no reflejaban esos valores.

Un día, la empresa se vio envuelta en un escándalo público debido a sus prácticas cuestionables. Javier, quien había sabido de estas prácticas pero no había hecho nada para denunciarlas, fue confrontado por sus propios amigos y familiares. "¿Cómo pudiste trabajar para una empresa así?", le preguntaron. Javier intentó justificarse, pero sus palabras sonaron vacías. Se dio cuenta de que, a pesar de todo lo que había predicado sobre la honestidad y la integridad, sus acciones habían hablado mucho más fuerte que sus palabras.

Con el tiempo, Javier decidió renunciar a su puesto y empezar de nuevo, esta vez en una empresa pequeña pero ética. Aunque la transición fue difícil, Javier aprendió una valiosa lección: no importa cuántas veces hablemos de nuestros valores, si nuestras acciones no están alineadas con ellos, esas palabras no tienen ningún valor. Desde ese momento, Javier se dedicó a vivir sus

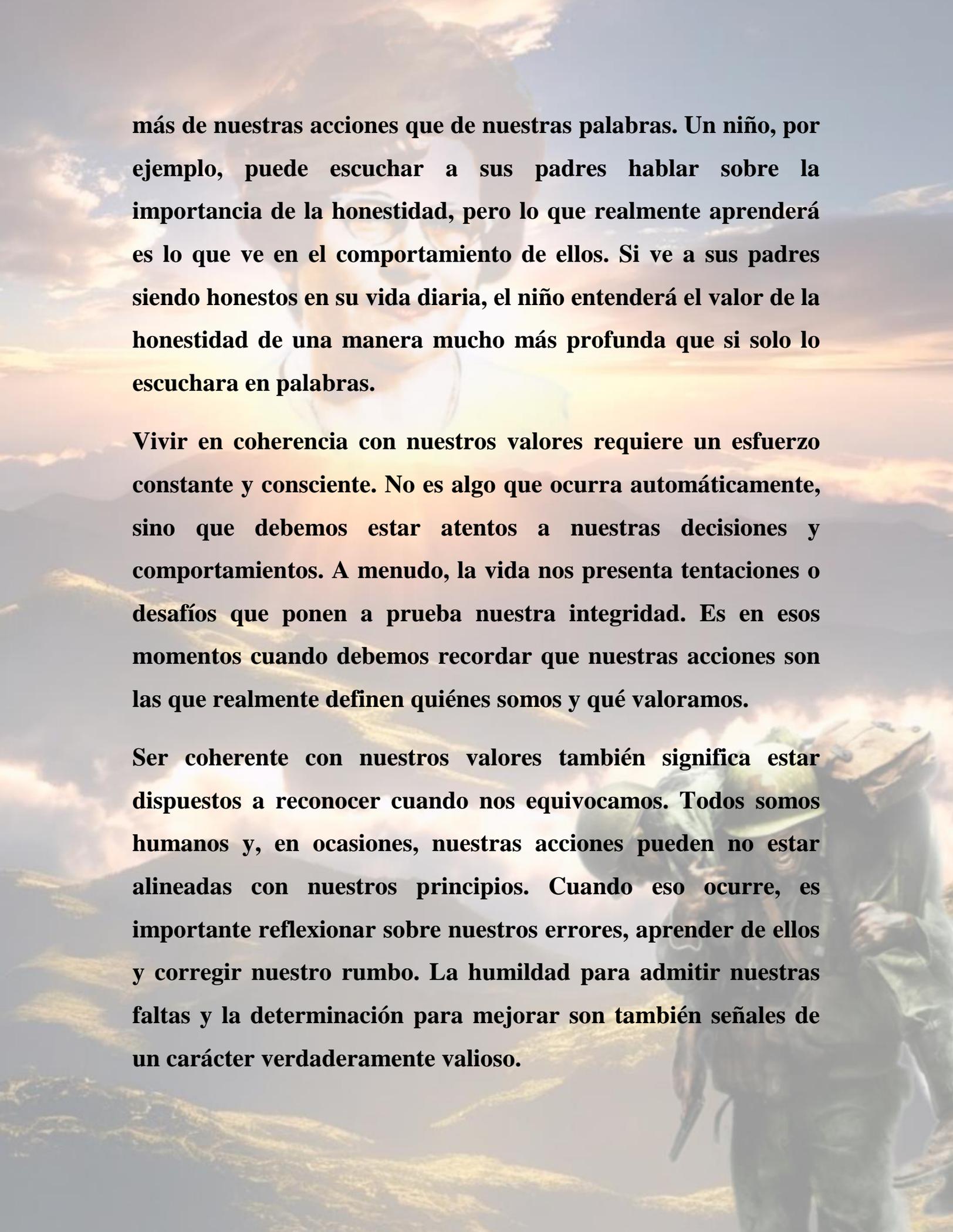


valores en cada decisión que tomaba, demostrando con hechos lo que antes solo decía con palabras.

La historia de Javier nos muestra una verdad profunda: los valores no se definen por lo que decimos, sino por lo que hacemos. En la vida, es fácil hablar de lo que creemos, de lo que es correcto o incorrecto. Podemos decir que valoramos la honestidad, la integridad, el respeto, pero si nuestras acciones no reflejan esos valores, entonces nuestras palabras carecen de significado.

En nuestras vidas cotidianas, nos enfrentamos a muchas decisiones pequeñas y grandes. Cada una de esas decisiones es una oportunidad para demostrar cuáles son realmente nuestros valores. Por ejemplo, cuando decidimos ayudar a un amigo en necesidad, incluso si eso nos causa inconvenientes, estamos demostrando con nuestras acciones que valoramos la amistad y la solidaridad. Por otro lado, si hablamos constantemente sobre la importancia del respeto, pero tratamos a los demás con desdén o indiferencia, estamos enviando un mensaje contradictorio.

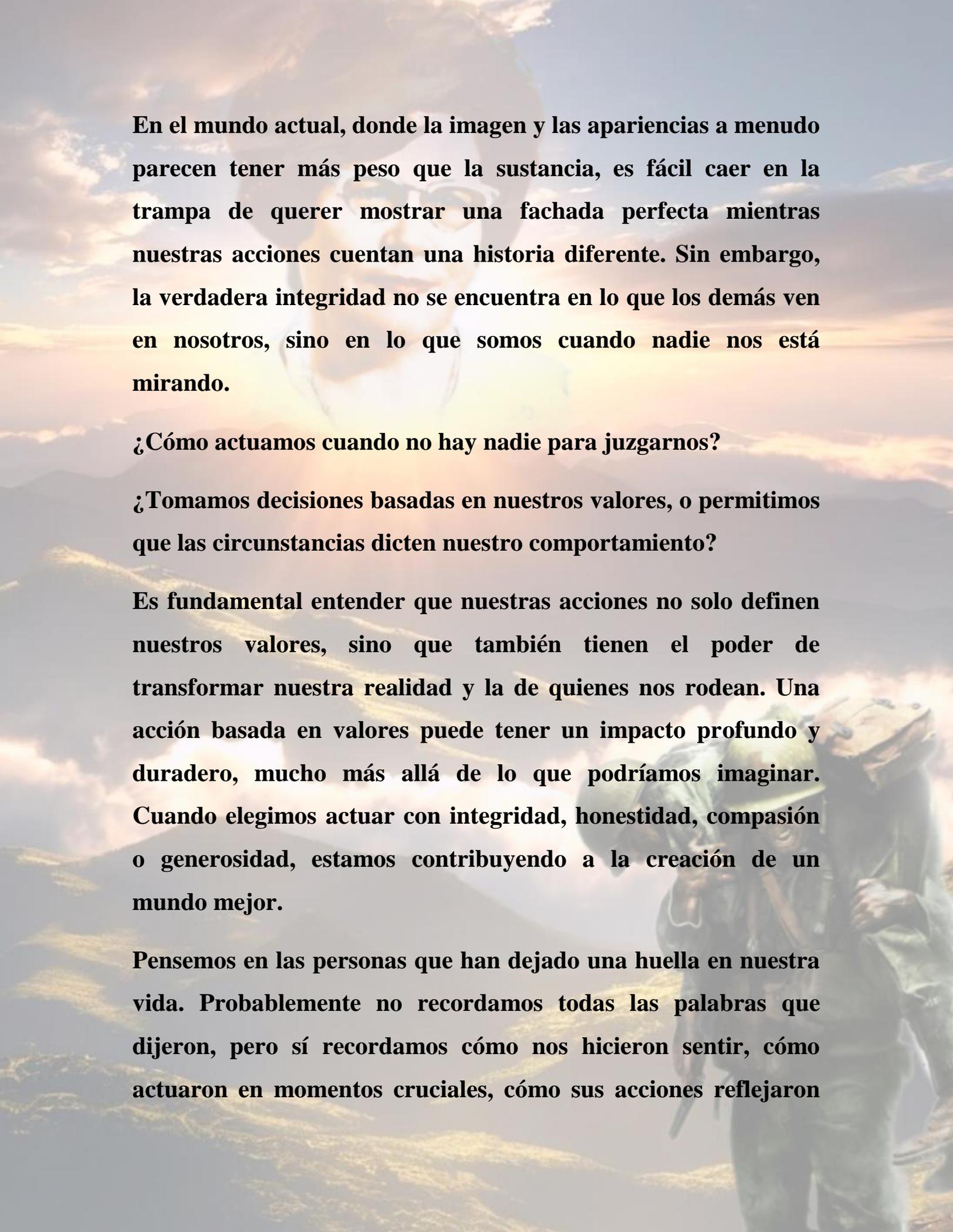
Es importante recordar que nuestras acciones tienen un impacto no solo en nosotros, sino también en aquellos que nos rodean. Las personas observan lo que hacemos, y a menudo aprenden



más de nuestras acciones que de nuestras palabras. Un niño, por ejemplo, puede escuchar a sus padres hablar sobre la importancia de la honestidad, pero lo que realmente aprenderá es lo que ve en el comportamiento de ellos. Si ve a sus padres siendo honestos en su vida diaria, el niño entenderá el valor de la honestidad de una manera mucho más profunda que si solo lo escuchara en palabras.

Vivir en coherencia con nuestros valores requiere un esfuerzo constante y consciente. No es algo que ocurra automáticamente, sino que debemos estar atentos a nuestras decisiones y comportamientos. A menudo, la vida nos presenta tentaciones o desafíos que ponen a prueba nuestra integridad. Es en esos momentos cuando debemos recordar que nuestras acciones son las que realmente definen quiénes somos y qué valoramos.

Ser coherente con nuestros valores también significa estar dispuestos a reconocer cuando nos equivocamos. Todos somos humanos y, en ocasiones, nuestras acciones pueden no estar alineadas con nuestros principios. Cuando eso ocurre, es importante reflexionar sobre nuestros errores, aprender de ellos y corregir nuestro rumbo. La humildad para admitir nuestras faltas y la determinación para mejorar son también señales de un carácter verdaderamente valioso.



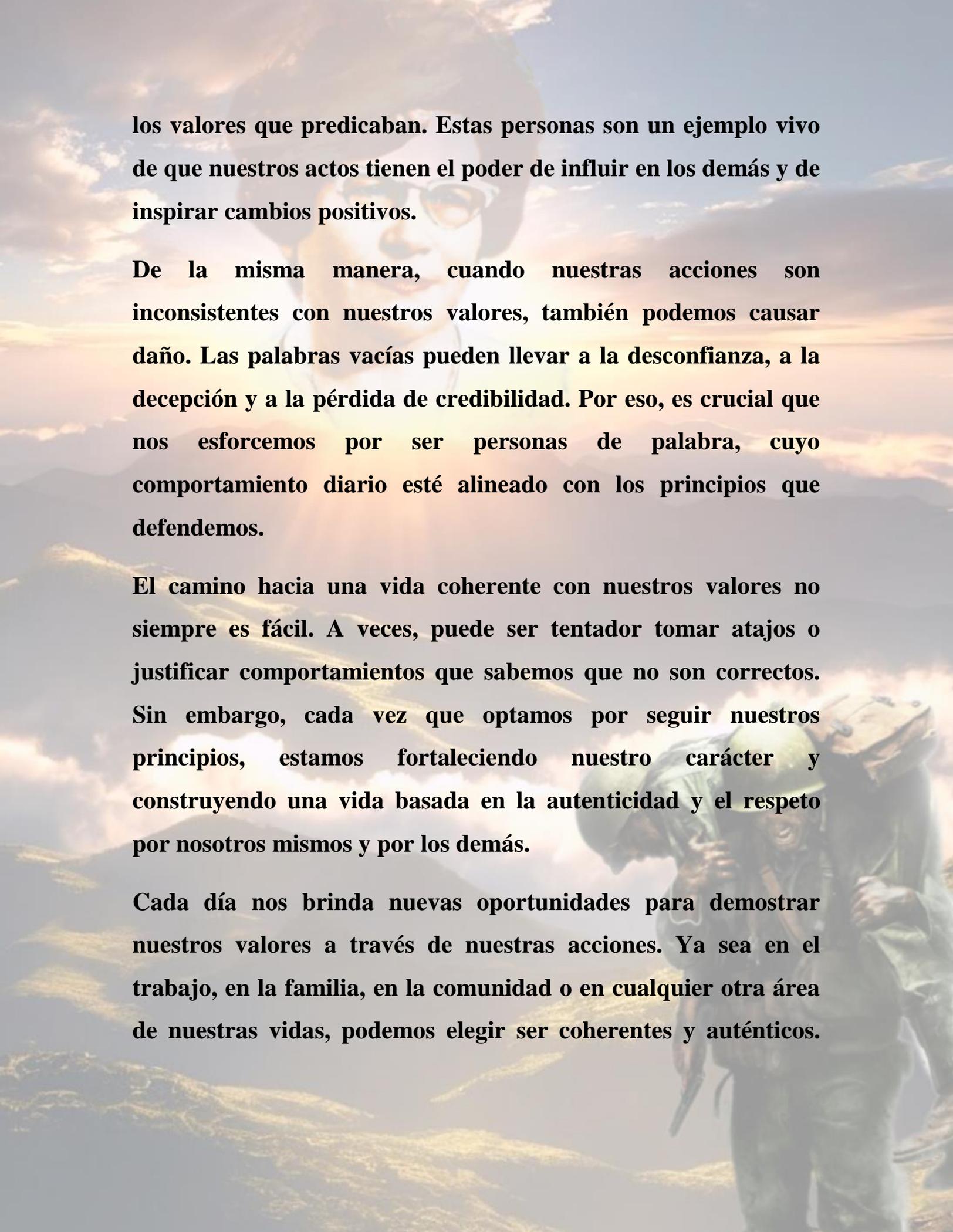
En el mundo actual, donde la imagen y las apariencias a menudo parecen tener más peso que la sustancia, es fácil caer en la trampa de querer mostrar una fachada perfecta mientras nuestras acciones cuentan una historia diferente. Sin embargo, la verdadera integridad no se encuentra en lo que los demás ven en nosotros, sino en lo que somos cuando nadie nos está mirando.

¿Cómo actuamos cuando no hay nadie para juzgarnos?

¿Tomamos decisiones basadas en nuestros valores, o permitimos que las circunstancias dicten nuestro comportamiento?

Es fundamental entender que nuestras acciones no solo definen nuestros valores, sino que también tienen el poder de transformar nuestra realidad y la de quienes nos rodean. Una acción basada en valores puede tener un impacto profundo y duradero, mucho más allá de lo que podríamos imaginar. Cuando elegimos actuar con integridad, honestidad, compasión o generosidad, estamos contribuyendo a la creación de un mundo mejor.

Pensemos en las personas que han dejado una huella en nuestra vida. Probablemente no recordamos todas las palabras que dijeron, pero sí recordamos cómo nos hicieron sentir, cómo actuaron en momentos cruciales, cómo sus acciones reflejaron

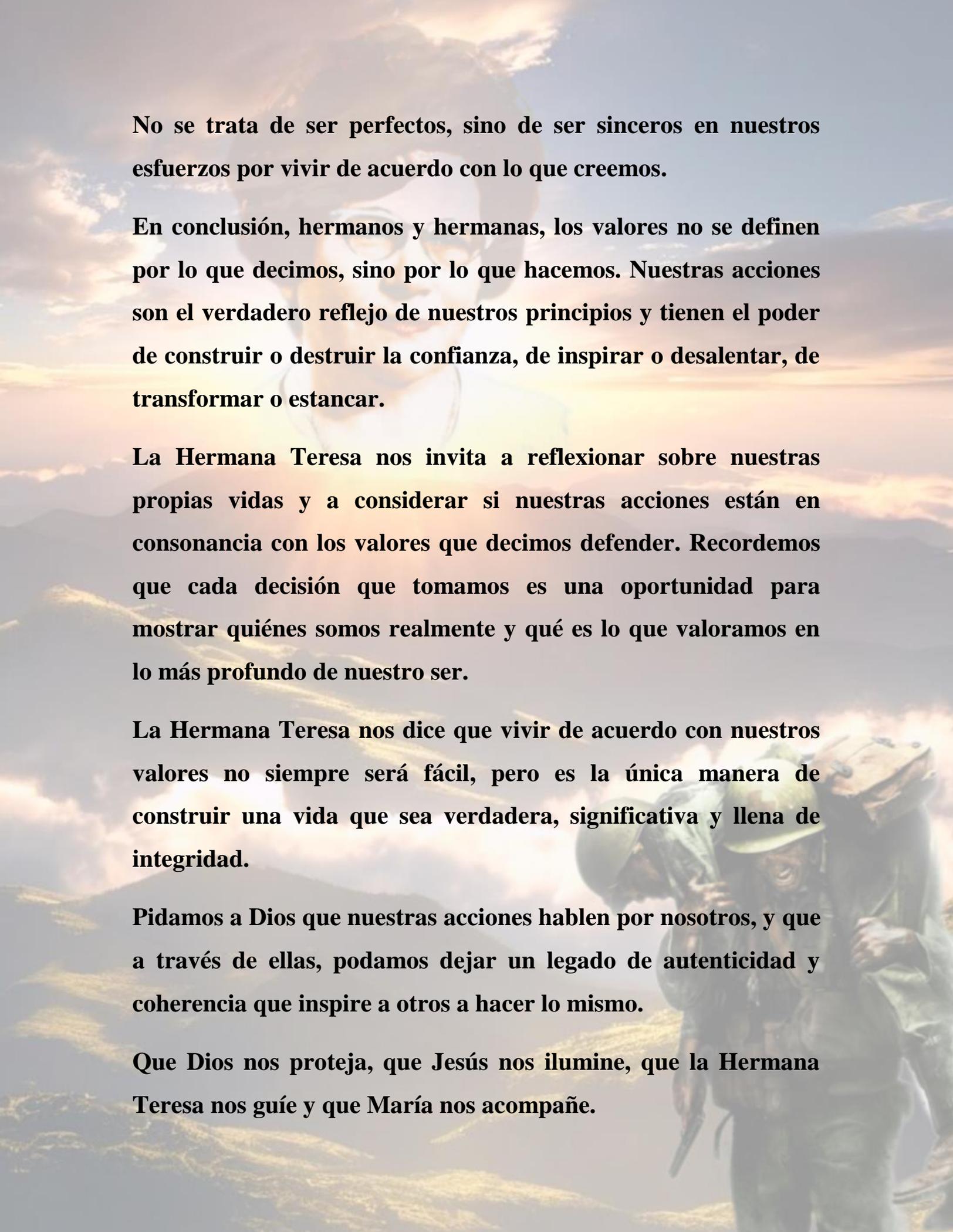


los valores que predicaban. Estas personas son un ejemplo vivo de que nuestros actos tienen el poder de influir en los demás y de inspirar cambios positivos.

De la misma manera, cuando nuestras acciones son inconsistentes con nuestros valores, también podemos causar daño. Las palabras vacías pueden llevar a la desconfianza, a la decepción y a la pérdida de credibilidad. Por eso, es crucial que nos esforcemos por ser personas de palabra, cuyo comportamiento diario esté alineado con los principios que defendemos.

El camino hacia una vida coherente con nuestros valores no siempre es fácil. A veces, puede ser tentador tomar atajos o justificar comportamientos que sabemos que no son correctos. Sin embargo, cada vez que optamos por seguir nuestros principios, estamos fortaleciendo nuestro carácter y construyendo una vida basada en la autenticidad y el respeto por nosotros mismos y por los demás.

Cada día nos brinda nuevas oportunidades para demostrar nuestros valores a través de nuestras acciones. Ya sea en el trabajo, en la familia, en la comunidad o en cualquier otra área de nuestras vidas, podemos elegir ser coherentes y auténticos.



No se trata de ser perfectos, sino de ser sinceros en nuestros esfuerzos por vivir de acuerdo con lo que creemos.

En conclusión, hermanos y hermanas, los valores no se definen por lo que decimos, sino por lo que hacemos. Nuestras acciones son el verdadero reflejo de nuestros principios y tienen el poder de construir o destruir la confianza, de inspirar o desalentar, de transformar o estancar.

La Hermana Teresa nos invita a reflexionar sobre nuestras propias vidas y a considerar si nuestras acciones están en consonancia con los valores que decimos defender. Recordemos que cada decisión que tomamos es una oportunidad para mostrar quiénes somos realmente y qué es lo que valoramos en lo más profundo de nuestro ser.

La Hermana Teresa nos dice que vivir de acuerdo con nuestros valores no siempre será fácil, pero es la única manera de construir una vida que sea verdadera, significativa y llena de integridad.

Pidamos a Dios que nuestras acciones hablen por nosotros, y que a través de ellas, podamos dejar un legado de autenticidad y coherencia que inspire a otros a hacer lo mismo.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.